

Las dificultades de la Convención y lo que debe importar a la clase ecologista

**sin una ardiente y paciente conciencia de clase ecologista,
¿cómo podremos vencer en la lucha de clases ecológica?**

**Yuri Carvajal Bañados
Valparaíso, 26 de marzo de 2022**

...

Índice general

Presentación	5
¿Qué expresó el 18 de Octubre?	7
Las tareas de la convención	11
El nuevo régimen climático	11
¿Cómo encarar el Antropoceno con palabras?	12
¿Dónde está la naturaleza?	13
¿Qué puede hacer la clase ecológica?	15

Presentación

La convención constituyente nació del estallido político del 2018. Movimiento amplio, pero desorganizado, que se rebeló contra el orden configurado por las 7 modernizaciones de la dictadura. Un orden precario que solo logró llegar vivo al presente por el soporte intensivo de la Concertación. La coalición de la posdictadura logró esquivar varias crisis de legitimidad previas y enmascarar su continuidad bajo fórmulas de acuerdos, mesas de trabajo, comisiones, informes.

La convención electa con un masiva apoyo se encuentra en crisis, sobre todo en su capacidad de proponer una visión alternativa en materias de existencia terrenal, porque no ha logrado ser fiel al proceso político que le dio vida. La incomprendión de su *arche* la desplaza al terreno de los acuerdos, los partidos políticos tradicionales, y lo que es más grave, a las formas de pensamiento modernas, coloniales, patriarcales, que son la sustancia misma de la crisis.

Aquellos que cultivan huertos, organizan bibliotecas móviles, mapean la sequedad de sus suelos y preservan las aguas, los glaciares, los ríos, los bosques, son mil veces más avanzados en comprensión que los convencionales.

La pérdida del contacto con la tierra de los convencionales, no es una metáfora. Hace falta espolvorear humus en esos pasillos y poner canelos, chucaos, parinas entre las sillas curules de los representantes.

En este panfleto organizado en tres partes, hacemos un análisis de porqué entender el 18 de octubre como la inviabilidad final de las 7 modernizaciones, del brete en que se encuentra la convención en cuestiones ecológicas y finalmente me permito sugerir las tareas que la clase ecológica debería abordar. La crisis de la convención se examina desde tres problemas centrales:

- La incapacidad de entender que el *ancien régime* que la constitución debe dar por acabado es la modernización y que la nueva constitución debe servirnos para vivir en el nuevo régimen climático.
- La confusión del rol performativo que puede tener una constitución en ese sentido, con la ilusión de que las palabras sean capaces de resolver la crisis colectiva del estado nación Chile.
- Sitúo los dos aspectos previos en que la avanzada ecológista de la convención sigue pensando en proteger la naturaleza y no entiende que esa creencia en la naturaleza uno de los principales problemas que nos ha llevado al Antropoceno.

¿Qué expresó el 18 de Octubre?

Aunque se ha propagado la existencia de un documento propuesto por la armada de Chile para organizar el país tras el golpe de estado de 1973, conocido como “El Ladrillo”, lo cierto es que Pinochet no tenía tan claro, mas allá del genocidio, su proyecto político.

La fuerza aérea tenía un plan corporativo, con ideas privatizadoras que no era el de la marina. Pinochet calculaba su rumbo tras el golpe y vacilaba en materias económico-sociales.

Crisis tras crisis, asesinato de Orlando Letelier y Ronny Moffit, del General Carlos Prats, atentado a Bernardo Leighton, la distancia con la Democracia Cristiana y la salida de Gustavo Leigh, lo hicieron ordenarse tras un plan neoliberalizador a ultranza. Pinochet se sentía camarada con Reagan y Thatcher.

Tras la crisis económica 74-76 que fue el primer gran shock petrolero y la primera estanflación del orden keynesiano, su arremetida reductora del estado, en 1980 anunció sus 7 modernizaciones.

Antes de eso habría que señalar que la dictadura nace de la crisis ecológica que expresa la crisis de la Unidad Popular.

El agotamiento material de modelo de sustitución de importaciones y reforma agraria propuesto tras la crisis del 29, se agota en los 50, cuando se habla del segundo período de sustitución de importaciones. La UP culmina en una crisis política que expresa la incapacidad ecológica de Chile de modernizarse.

Desde los años 50 la urbanización creciente, alfabetización, atención profesional del parto, acceso a agua potable presagiaba el gran salto adelante que encantaba a todo el mundo por ese entonces, de izquierda y derecha, todos eran desarrollistas. La posibilidad de traer a Chile el modelo americano de consumo: autos, lavadoras, cocinas a gas, refrigeradores, supermercados era parte de todos los programas políticos. Cuando Allende fue electo, ese modelo de vida alcanzaba a una pequeña minoría. La clase alta y los profesionales podían tener un auto, comprar en Portofino o La Bandera Azul, viajar en Lan o Ladeco, tener cuenta corriente.

La mayoría de los rotos aún vivíamos en suelo de tierra, cocinábamos con leña o parafina, nos íbamos colgados de las micros al trabajo o colegio, teníamos muebles de mimbre, usábamos una libreta en el almacén, íbamos descalzos al colegio o teníamos compañeros que iban a pata pelada y empezamos a llamar por teléfono desde un equipo instalado en la Junta de Vecinos.

Allende no logró masificar un auto popular (fracaso del Citroen Yagán), la industria ariqueña tampoco pudo ofrecer televisores ANTU ni los cordones industriales pudieron ofrecer FENSA, MADEMSA, ni siquiera Bolocco. ENTEL no logró generar millones de líneas telefónicas.

Las 7 modernizaciones sí pudieron hacerlo y esa cantidad de mercancías entrando en la vida popular explican el 44 % de

apoyo de Pinochet en el plebiscito y su presencia emocional en un importante sector de la derecha: son los hijos pródigos de la modernización pinochetista.

Del otro lado, están los que para ser parte de esa modernización deben pagar la universidad de sus hijos, financiar el negocio previsional, dejar de acceder en forma gratuita a bienes públicos como agua, mar, lagos, ríos, suelo, aire, porque tienen dueño, precarizar su trabajo, pagar los sobreprecios de los monopolios y los intereses de la financiarización de la economía.

Pero en realidad lo que ocurrió es que la crisis ecológica de los 60, denunciada ya por Rafael Elizalde, Luis Oyarzún, Carlos Muñoz Pizarro, fue arrojada al futuro por el gran salto adelante de Pinochet, que edulcorando los padeceres populares con consumo, transformó nuestras condiciones de vida: agua, suelo, aire, mar, pasaron a ser recursos económicos. La vida estuvo organizada en torno a la economía.

Eso fue lo que estalló en octubre del 2018. El uso popular de la expresión estallido es sabia porque asemeja a lo que ocurrió en el Apolo XIII: un cortocircuito en el tanque 2 de oxígeno que lo llevó a temperaturas de 1000 Farenheit, mientras el sistema estaba diseñado para registrar hasta 80. La crisis fue sentida como un «pretty large bang». Tras la investigación del desastre y en la foto del módulo de servicio tomada al reingreso a tierra, entendemos la falla del tanque 2 y la explosión del tanque 1. La tripulación debió organizarse para vivir con restricción de oxígeno, agua, en condiciones de frío y humedad anómalas, esforzándose por sobrevivir y colaborar en el regreso a tierra, usando el módulo lunar como balsa salvavida. Las modernizaciones de Pinochet fueron el diseño que estalló. El desastre ecológico de extracción de minerales, salmoni-

cultura y el modelo agroexportador, que sostuvo las importaciones masivas también agotó el agua, destruyó la habitabilidad de Chile, secó y calentó las ciudades, desapareció especies y bienes comunes, derritió glaciares.

Ahora estamos todos en el módulo lunar esperando que la convención nos traiga a tierra.

El problema es que la convención no sabe cómo asumir ese rol, no comprende la magnitud y los orígenes de la crisis. No pisa tierra, la tierra reseca del Antropoceno.

Las tareas de la convención

Entre los pueblos modernos, la Constitución tiene un atributo mágico. Los niños en los colegios deben memorizar sus fechas. Los presidentes deben jurar ante ella. Vestidos con sus mejores trajes de hechiceros, los legisladores propugnan que el orden constitucional es el que anima la nación.

No es sorprendente que ante una crisis mayúscula, lo primero que hicieron los hechiceros de la tribu fue recurrir a esa figura mítica.

El nuevo régimen climático

Pero los hechiceros no se han enterado de que estamos en un nuevo régimen climático.

Necesitamos un nuevo régimen político porque el que tenemos es obsoleto, inadecuado, obsceno.

Nuestro problema actual no es el *ancien régime* de la monarquía. El *ancien régime* esta vez es la propia modernidad.

Necesitamos nuevas reglas políticas para vivir en este nuevo régimen climático, marcado por la heteronomía en vez de la

autonomía, en la dependencia creciente entre los vivientes y no vivientes. La libertad por tanto debe ser reformulada en términos de esa interdependencia, de la posibilidad de restaurar ilimitadamente las relaciones premodernas. Un régimen marcado por los límites ya franqueados en el consumo de combustibles fósiles, de extinción de especies, de producción de plástico, de destrucción de suelos.

No se trata sólo de decir estamos en crisis climática. Eso puede decirlo la ONU, la SOFOFA, El Banco Mundial y el Banco Central.

Sería más adecuado decir:

Necesitamos una constitución que nos ayude a vivir políticamente en el Antropoceno, formas políticas convivenciales con todos los existentes, en democracia sustantiva.

Todo lo demás es escoria.

¿Cómo encarar el Antropoceno con palabras?

El problema no es de leyes ni de constituciones. La ilusión constitucionalista no puede embriagarnos. El problema está en nuestro modo de vida y en las categorías intelectuales que trazan el mapa de ese modo de existencia.

Recursos ecosistémicos, desarrollo sustentable, producción limpia, son expresiones anfibiológicas cuyo sustantivo tóxico no se amortigua con un adjetivo elegante. Son las banderas intelectuales de las que está lleno el ministerio del medio ambiente, la CORFO, las Universidades, el SINAP. Todo eso

ahora habita en medio de la Convención. Y es eso lo que requiere ser transformado.

La convención constituyente debería haber servido para medir fuerzas y organizar al pueblo ecológico. Pero nada de eso se ha realizado. En este momento el debate sigue el mismo extravío de los modernos.

Estamos a punto de perder una oportunidad preciosa. Un logro que costó mucho, que dejó mucho daño, podría volverse polvo.

¿Donde está la naturaleza?

Proteger la naturaleza es como decir a los tripulantes del Apolo XIII que no son sus tanques los que estallaron y que están próximos a la asfixia, sino que se trata de un problema del espacio estelar que les ha succionado parte de la cápsula.

La modernidad nace con la dualidad naturaleza/sociedad y es justamente esa dualidad la que nos tiene en la actual crisis.

Los vivientes de la tierra no podemos existir sino dentro de este suelo climatizado con el oxígeno que exhalan las plantas, mineralizado con la oxidación de ese mismo aliento vegetal, enriquecido con heces de lombrices, protozoos, bacterias.

Hay tantas bacterias y hongos en el bosque del volcán Horripirén como en las salas de la convención. ¿Dónde está la naturaleza a proteger?

Las leyes es cierto, pueden ayudar a entender de otro modo nuestra vida, ayudar a hacerlo menos económico y menos productivo. A des-economizar la vida.

Pero sólo a condición de reconocer la existencia de esas prácticas en la vitalidad misma de nuestras inter relaciones.

La constitución no puede crear de la nada. Puede potenciar, fortalecer conexiones, estabilizar redes. Pero nada de lo que regule la constitución tiene sentido si no busca multiplicar aquello que los campesinos-recolectores- reparadores ya están haciendo con las plantas, animales y suelos.

¿Qué puede hacer la clase ecológica?

Lo primero es ser consciente de sí y luego hacerse a sí misma. Parece un dilema del huevo y la gallina. Pero es así. La clase ecológica es mayoritaria y está compuesta por todos aquellos que tienen una real preocupación por la suerte planetaria. Pero su grado de conciencia es tal, que las lleva a votar por lo no ecologistas en todas los cargos. Es cosa de ver cómo se aprueban los más oscuros proyectos extractivistas, de qué modo se bloquea el presente de los habitantes de zonas destruidas por el industrialismo, en un engoroso debate de planes de descontaminación y normas de emisión, que tienen la ilusión de que la crisis es de gestión ambiental.

Una clase ecológica consciente y orgullosa de serlo, debe tener su propia organización, sus propios representantes políticos, debe tener locales propios, trabajo territorial propio, órganos de prensa.

Pero además debe tener una cultura de clase, debe aglutinar a las artes en su campo, a las ciencias y a todos los saberes.

Lo segundo, es que debe dejar el lobby y la crítica, y situarse en el hacer. Debemos multiplicar las experiencias ecologistas

que muestran que sí se puede cultivar sin veneno, que sí se puede vivir consumiendo menos, que se puede disfrutar y reír y amar sin dilapidar energías de fuentes fósiles. Que es posible ir caminando al trabajo, al colegio. Reunirse en lugares públicos. No gastar kilos y kilos de plásticos.

Lo tercero es converger en formas de organización más grandes. Constituir un frente unido de ecologistas, en los cuales sea posible ecologizar juntos y pensar libremente.

La unidad de las fuerzas ecologistas en un gran frente permitirá construir la clase, hacerse mientras se hace, crearse a la vez que se crea el espacio donde puede existir.

No es raro. Así es como viven los seres vivos. No tienen un medio pre existente. Al existir crean el ecosistema en el que pueden vivir.

La clase ecológica necesita más biología y menos economía y seguir la senda abierta por las bacterias, vegetales y animales. Ellos son la mejor vanguardia de la que debemos aprender.